

FRANCESC GRANÉ

ALIMENTO DEL DESEO INFINITO

DESCLÉE DE BROUWER
BILBAO - 2013

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
PRÓLOGO <i>de Francesc Torralba</i>	13
I. ACEPTAR LOS LÍMITES	15
II. CUANDO MI VIDA SE ROMPE, UNA OPORTUNIDAD .	19
III. AYUDAR, SERVIR... DARSE, ¡SIN MASOQUISMO! . .	23
IV. ENTRAR, SENTIRSE ACOGIDO Y HABLAR... CON EL MISTERIO	27
V. CUANDO AQUELLO DE LO QUE HABLAMOS ES INVISIBLE	33
VI. SEÑALES CON EL CUERPO, ¡SEÑALES EN TODO EL CUERPO! EL ENTRENAMIENTO	49
VII. NO ENTENDER DE LA MISA LA MITAD. CUANDO SE ACABA LA MISA COMIENZA LA EUCARISTÍA.	61
VIII. ME ABURRO	73
IX. INTERPRETAR Y REINTERPRETAR	81
X. MÁS ALLÁ DE LA OBLIGACIÓN... ¡EL AMOR!	91

XI. NO ENTIENDO NADA... ¡PERO ESTOY ABIERTO! EL PAPEL DE LA RAZÓN	95
XII. AUNQUE TE SIENTAS FRACASADO, HAY ALGUIEN QUE TE AMA SIN CONDICIONES	101
XIII. ¡TEN PAZ!	107
XIV. EL ALIMENTO PARA EL DESEO INFINITO	113
EPÍLOGO <i>de Josep M^a Rovira Belloso</i>	119

INTRODUCCIÓN

Cada domingo, en todo el planeta Tierra, desde hace 2.000 años y, de forma ininterrumpida, en tiempo de guerra o en tiempo de paz, en edificios preciosos o en rincones lúgubres y miserables, millones de personas se reúnen para leer unos textos, para comer un trozo de pan y beber un poco de vino. En los países avanzados, especialmente en Europa, mucha gente dice que esto es muy aburrido, pero lo cierto es que los efectos que este encuentro genera en las personas que se reúnen es constante. Aunque estén en estado de desesperación, la gente que participa sale habiendo encontrado sentido a la propia vida. Aunque las circunstancias les sean adversas, genera esperanza en el propio futuro. Se trata de una comida muy peculiar en la que dicen establecer contacto con el Infinito, haciéndolo presente en su vida cotidiana. Cada domingo, a través de este acto, millones de personas dicen transformar lo Absurdo de la vida en una vida llena de Significado. Lo llaman «Eucaristía», que quiere decir Acción de Gracias.

PRÓLOGO

Somos seres de deseo. El deseo adquiere diferentes formas y espera diferentes respuestas, pero nada de lo que hay en el universo creado puede saciar, porque es infinito.

He aquí la paradoja: un ser finito, vulnerable, moral, caduco y efímero experimenta un deseo infinito, un anhelo que lo trastoca y lo inquieta. Con este anhelo tiene que vivir y con este anhelo morirá. De nada vale tratar de responder con objetos de este mundo. Nada le llena lo suficiente. Nada aquieta su corazón desgarrado por ese deseo. El deseo, como dice Ernst Bloch, persiste como deseo.

La vía de la extinción del deseo tampoco es idónea, porque el deseo es una dimensión constitutiva del ser humano y al intentar extirparlo se niega, inmediatamente, la condición humana. Podemos, eso sí, administrar los deseos, jerarquizarlos y liberarnos de muchos objetos de deseo, pero nunca del mismo deseo. También es baladí ofrecer objetos finitos para saciar ese deseo infinito. Esta es la gran trampa del materialismo consumista. La experiencia de la carencia persiste. Nada llena el pozo, nada satisface totalmente.

El deseo infinito anhela un Tú infinito. El corazón permanece inquieto, mientras no reconoce este Tú infinito que, como dice san Agustín de Hipona, es el único que puede aquietarse definitivamente. Este Tú se hace presente a través de los otros, en el encuentro interpersonal, pero de una manera plena en la Eucaristía, alimento para el deseo infinito. La intuición de Francesc Grané, autor de este ensayo, es audaz y a la vez punzante. La Eucaristía es la fuente que alimenta este deseo de infinito, esta nostalgia del Totalmente Otro, sin embargo, a la vez, también anticipa, ya en este mundo, la presencia de este Tú luminoso que se nos hace presente a través de la ofrenda del pan y del vino.

Con un lenguaje cercano, a la vez místico y cotidiano, el autor de este libro nos invita a reflexionar sobre el don y el sacramento de la Eucaristía como un lugar de encuentro entre la eternidad y el tiempo. Al participar de la Eucaristía, el anfitrión acoge dentro de su ser este Tú infinito que alimenta, aún más, su deseo de conocerlo y amarlo y que, a la vez, lo salva de la angustia ante la nada cósmica.

Francesc Torralba Roselló

I

ACEPTAR LOS LÍMITES

El paso de la niñez a la madurez viene dado, entre otras muchas cosas, por una decepción: ¡los Reyes no existen! Mis padres no lo saben todo, ¡no son tan perfectos como había creído! Hay personas que no acaban nunca de aceptar los padres que han tenido, unos padres que forzosamente siempre tienen algún límite y que nunca lo han acabado de hacer del todo bien. Hay personas que durante toda la vida están exigiendo que sus padres sean lo que ellos habían imaginado, que les solucionen los problemas, o les culpan por no haberles solucionado los problemas para siempre.

Hacerse adulto significa aceptar que nuestra vida tiene límites: límites de conocimiento (no lo sabemos todo, tampoco nuestros padres lo sabían todo). Límites en lo económico y en nuestras posibilidades (en muchos casos, nuestros padres no han podido pagarnos todos nuestros pequeños y grandes deseos y, en la mayoría de los casos, tampoco nosotros podremos hacer todo lo que queramos). Límites emocionales, porque nunca acabamos de comprender por qué sentimos lo que sentimos y, muy a menudo, quisiéramos sentir de otra manera. Límites en la capacidad ética, en la bondad de los que nos son más próximos,

padres, hermanos, amigos... No todo el mundo es tan bueno ni nos ama de la forma que a nosotros nos hubiera gustado. Hacerse mayor es aceptar también que de todos nuestros deseos habrá muchos que no podremos llevar a cabo, entre otras cosas porque no tenemos las capacidades para hacerlo. «Hubiera querido dedicarme a construir edificios, pero las matemáticas me van muy mal... Hubiera querido saber bailar como Shakira pero no tengo oído ni la más mínima noción del ritmo...». Ser mayor es aceptar todo esto, el límite.

Hay personas que se pasan toda la vida luchando contra quienes son. Sueñan cosas utópicas, preciosas... pero imposibles de llevar a cabo por ellas mismas... Exigen a los demás que sean como ellos querían, a su pareja, a sus padres, a sus hijos... pero resulta que la gente es como es y no como a nosotros nos gusta que sea.

Y, por ello, hay personas que viven en un estado permanente de enojo, de malestar, de resentimiento contra la vida y contra todo lo que le rodea.

Sin la aceptación de todo aquello que nos ha hecho ser quienes somos es imposible ir adelante, hacerse adulto. Sin aceptar que somos *seres-por-límite* no podemos construir nada sólido. El pensamiento mágico, sobre la realidad y sobre nosotros mismos, es una característica muy humana, pero forma parte de una etapa temprana, inicial, de la condición humana. Sobre este pensamiento no se puede construir nada sólido.

La creencia religiosa no tiene nada que ver con el pensamiento mágico. La fe cristiana se construye sobre la aceptación de ser quienes somos, con toda la

crudeza que a veces comporta descubrir el límite, la miseria, la herida que la vida nos puede haber hecho sobre nuestra existencia.